

**RELATOS**

EDITORIAL ■

PLANETA SONORO ■

PLANDOS Y SECUENCIAS ■

SE LEVANTA EL TELÓN ■

ESCAPADA ■

BELLAS ARTES ■

HUMOR ■

LIBROS ■

RELATOS ■

EL ZOOM ■

CONOCENOS

COLABORA CON  
NOSOTROSCOMO  
ANUNCIARSE

SUGERENCIAS

Principal / Relatos / Laura y el Burgués

**LAURA Y EL BURGUÉS**

Me sirvió la cerveza y yo la miré con obstinación incrédula. Personajes así no abundan. Tenía los ojos oscuros y el tipo prieto, curvilíneo, concentrado en una estatura breve, de pequeña mujer fatal calzada con botas negras de cordones. Botas Doctor Martens, como las que yo mismo llevé durante muchos años, cuando era joven y me creía invencible. De propina dejé una exánime rosa de vendedor pakistaní, tan triste y polvoriento como el bar donde trabajaba. No me fui de vacío. Conmigo llevé la promesa de verla más tarde en un gorrito de Lavapies. Allí la encontré por la noche. En la calle, vestida con un abrigo largo y un gorro de lana, repartía invitaciones a los transeúntes. Apenas conversamos unos minutos, los justos para asegurarle que pensaba insistir, que mañana me tendría otra vez detrás de su barra.

Al día siguiente, domingo, víspera de tantas tragedias triviales, fui a verla. No sabía muy bien qué decirle. Quizá por eso trasegué tres cañas a toda prisa y la invité a dar una vuelta en moto por una ciudad que ella, con sólo un mes y medio de estancia, ya conocía mejor que yo. Después del paseo, un par de cafés sobre un velador de mármol desgastado. Me contó que había venido de una aburrida provincia a estudiar teatro, que tenía alquilada una habitación sin ventanas en Malasaña, que antes había estado en Barcelona frecuentando casas ocupadas, que había trabajado recolectando fruta, y no sé cuantas locuras más de pequeña niña punkie. Cumpliría veintiuno la semana próxima. Y yo, diecisiete años mayor, contando batallitas de mi antigua rebeldía inofensiva, me sentí un anciano a su lado.

Subimos a mi casa. El enorme portal fue una sorpresa para ella, tan señorial, tan antiguo, tan de burgués. A través de sus ojos, yo también me sorprendí. La vista del Retiro desde mi apartamento le gustó mucho, aunque empezó a sospechar. Los rebeldes de verdad no viven en la mejor zona de Madrid. Le enseñé mis libros, mis artículos, mi plumaje vacío. Parecía impacientarse, así que la besé. Es curioso, pero siempre que recorro de nuevo ese incierto camino—tantas veces transitado por otra parte—pienso que yo no sirvo para estas cosas. Aun así, sus ropas negras fueron deslizándose entre mis dedos. Pronto recibió el lecho la incertidumbre de dos desconocidos. Su cuerpo todavía infantil, su mirada sabia, las cosas que le quedaban por vivir. Yo todo eso ya lo había quemado en otra vida, en otra parte, en otro yo que un día también tuvo veinte años. Fuera, mientras tanto, el Barrio de Salamanca, con su derroche de prosperidad irreal, se fundía en una tarde amortizada en melancolía y sueños.

Luego el silencio, su espalda, los besos exhaustos. Y por fin, un comentario. Había visto un periódico en mi salón. ¿Acaso yo compraba ese panfleto? Reí ante aquella observación. Me gustaba verla allí, tan seria, tan adulta, tan pálida y misteriosa. Sí, lo compro de vez en cuando, respondí divertido, como dando por supuesto que hay cosas que sólo se entienden con la edad. Pero a ella no le hizo gracia. Entonces resonó su pregunta como el disparo de un comisario político. Reconocí que sí, que por distintas razones que no venían al caso, yo también era de los que les había votado.

La tarde terminó de cerrarse. La noche nos abrazó, estrellándose negra y brava como un toro contra su burladero de ventanas. Se levantó y mi mano quedó suspendida en la nada. Con amable firmeza declinó la invitación a quedarse a dormir. Desnuda y plantada ante mí, me miraba como si yo mismo hubiese aplastado las manos de Víctor Jara. Aunque ignoro si ella sabía quien era Víctor Jara. Mientras se vestía, recitó un precioso, vibrante y equivocado discurso sobre la injusticia social, la falta de ayudas públicas, la lucha contra la desigualdad y lo lamentable que era la gente como los Rolling, que aceptando títulos de Caballero traicionaban su propio origen. Concluyó diciendo que sólo la ignorancia podía justificar ciertos votos. Y yo, resultaba evidente, no era un ignorante.

Se marchó. Nunca volverá a llamar. ¿Nostálgico? Un poco. Pero no, no es a esa joven trotamundos a quien echo de menos, sino a aquel muchacho febril y convencido que con veintiuno tenía las mismas certezas de insensato pedernal. A ese tipo simpático, arrogante en su inocencia, sin más saldo contable que sus sueños de guitarras eléctricas y sus libros escritos por lúcidos borrachos. ¿Dónde quedó? ¿Qué fue de todo aquello? Sospecho que se murió poco a poco sin que el adulto que iba dentro se diera cuenta siquiera, tan ocupado como estaba en pagar letras vencidas y subir exitosos escalones a la nada.

Quizá no tuviese otra salida. El tiempo es veneno. Los conciertos de La Polla no duran para siempre, las cervezas de litro al fin te saben amargas, los colegas envejecen. ¿Qué coño ha pasado? La vida, probablemente. Un día te despiertas y te das cuenta de que todas las verdades son también mentira sin

dejar de ser verdad. Sí, no tuvo más remedio que morir de frío en un mundo que lo había asimilado. Aunque hoy, mientras desmenuzo mis derrotas de hombre gastado y en el tocadiscos suena de nuevo el lluvioso recuerdo de Amanda, prefiero pensar que en realidad ese chaval no me acompañó hasta el cementerio de automóviles. Prefiero imaginar que se quedó con Laura en algún sucio bar de Malasaña.

Miquel Silvestre

---